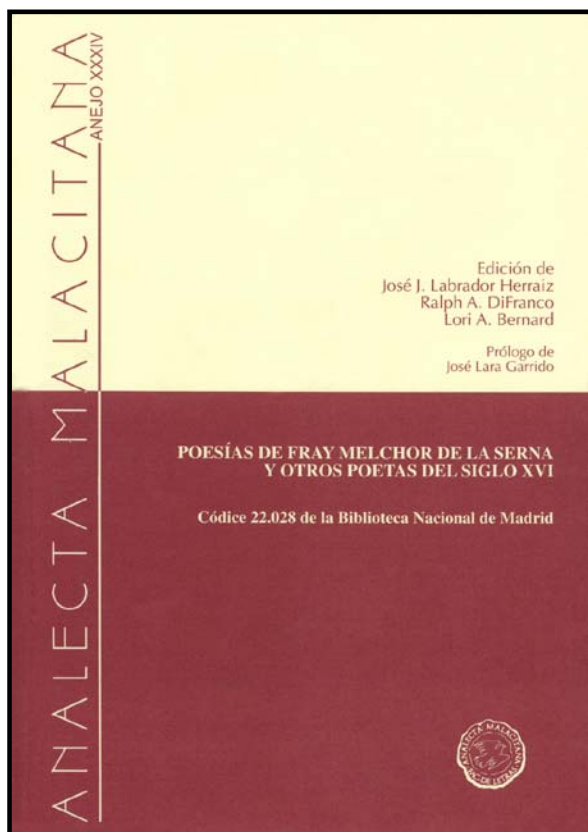


Labrador Herraiz, José J., Ralph A. DiFranco, y Lori A. Bernard, editores. *Poesías de fray Melchor de la Serna y otros poetas del siglo XVI. Códice 22.028 de la Biblioteca Nacional de Madrid*. Prólogo de José Lara Garrido. Málaga: Universidad de Málaga, 2001. (Analecta Malacitana, Anejos; 34). pp. lxxviii+514. ISBN 84-95073-18-8

Reviewed by J. Ignacio Díez Fernández
Universidad Complutense



Como es bien conocido, el equipo de los profesores José J. Labrador y Rafael DiFranco, con diversos colaboradores, viene publicando, y desde hace ya más de quince años, diversos manuscritos poéticos de los muy fértiles, especialmente en materia poética, Siglos de Oro. No creo que, a estas alturas, sea necesario subrayar la importancia que los textos manuscritos tienen para el estudio de la lírica áurea, aunque por las características del manuscrito ahora editado sí se deba insistir en el papel transmisor de los manuscritos que recogen los poemas que habitualmente no llegan a la imprenta, como los de tipo erótico. La sostenida labor del *grupo de Cleveland* (tal y como dice José Lara Garrido) es sin duda ejemplar desde varios puntos de vista, aunque uno muy visible es la madurez de los últimos trabajos, en donde se recogen, y de manera creciente, los resultados del manejo de varias decenas de manuscritos, repartidos por las bibliotecas del viejo y del nuevo continente, con lo que el volumen de fuentes consultadas es impresionante. En ese constante

tejer de referencias cruzadas se dibujan complejas relaciones entre los copistas y los códices y, de manera mucho más decisiva, entre los autores y los textos. El caso que me ocupa, el manuscrito 22.028 de la Biblioteca Nacional de Madrid, se tiñe inevitablemente del enorme interés que despierta la aún no bien dibujada figura de fray Melchor de la Serna, autor de, posiblemente, el más rico e interesante corpus de poesía erótica de los Siglos de Oro. El volumen, pues, presenta, como en los demás manuscritos que con paciencia y tesón ha ido editando el *grupo de Cleveland*, una muy abundante documentación que los investigadores de la poesía de los Siglos de Oro podrán analizar con cuidado en el futuro. También es un motivo para felicitar que el libro, editado con primor, aparezca en la prestigiosa colección de los Anejos de Analecta Malacitana.

Los editores, muy curtidos en la tarea, siguen el esquema que se ha convertido en tradicional en la publicación de los manuscritos poéticos: una cumplida introducción crítica, los poemas que copia el manuscrito, notas, índices y bibliografía. Son bien conocidas, a su vez, las subdivisiones de la introducción, que abarcan la historia del manuscrito, los elementos materiales (foliaciones,

tamaños y clases de papel, manos que intervienen en la copia, autores que identifica el manuscrito y poetas que descubren los editores en medio de la selva de la anonimidad, etc.). Las notas no suelen entrar en cuestiones lingüísticas, históricas o culturales, y se limitan a discutir problemas de atribuciones, de coincidencias con otros poemas o a localizar otras versiones o copias. En esta ocasión, los editores han realizado una amplísima investigación a la hora de localizar las fuentes en las que se documenta “La vella malmaridada” (425-35), donde los testimonios, como en el resto de los poemas, se ofrecen ordenados cronológicamente, siempre que es posible. El volumen se completa con una bibliografía, muy documentada, que recoge numerosísimos manuscritos, ediciones antiguas (y modernas) y diversas “antologías, catálogos y estudios”. La edición, como en otras ocasiones, se cierra con útiles índices (el de autores, el de “poemas que comparte con otras fuentes” –asombroso–, el de nombres propios y el de primeros versos) y varias láminas.

La edición del 22.028 depara al lector algunas peculiaridades, como la lista de fuentes que copian el *Jardín de Venus*, y la inclusión de poemas que fueron copiados en el manuscrito y posteriormente arrancados por supuestas pías manos mutiladoras, negadoras de la poesía en nombre de intereses (nunca mejor dicho) más elevados como las consignas que ha repartido y reparte la moral religiosa. Pero sin duda, la primera, y gozosa, peculiaridad es el magnífico prólogo del prestigioso profesor José Lara Garrido, en el que no sólo evita la tentación de las palabras rutinarias de presentación o el cumplimiento más o menos forzoso de una obligación, sino que, en una prosa precisa y elegante, resume la trayectoria y los méritos del grupo investigador.

En la persecución crítica de fray Melchor de la Serna ya ha invertido tiempo y esfuerzos el grupo de Cleveland, pues el fraile aparece aquí y allá en varias de sus publicaciones anteriores: *Cancionero de Poesías Varias. Manuscrito 2.803 de la Biblioteca Real de Madrid*, pról. Maxime Chevalier, ed. José J. Labrador Herraiz, Ralph A. DiFranco, Madrid, Patrimonio Nacional, 1989; *Poesías del Maestro León y Fr. Melchor de la Serna y otros (s. XVI). Códice núm. 961 de la Biblioteca Real de Madrid*, ed. C. Ángel Zorita, Ralph A. DiFranco y José J. Labrador Herraiz, pról. Dietrich Briesemeister, Cleveland, Cleveland State University, 1991; *Manuscrito “Fuentelsol” (Madrid, Palacio II-973) con poemas de Fray Luis de León, Fray Melchor de la Serna, Hurtado de Mendoza, Liñán, Góngora, Lope y otros, seguido ahora de un apéndice con las poesías del fraile benito Fray Melchor de la Serna*, ed. José J. Labrador Herraiz, Ralph A. DiFranco y Lori A. Bernard, Cleveland, Cleveland State University, 1997. Como culminación de esta línea de investigación, se anuncia la edición de la poesía de fray Melchor en los Anejos de Analecta Malacitana para los próximos meses.

El grupo (compuesto por Labrador, DiFranco y Bernard) había asediado ya, en un primer contacto, el grueso códice 22.028 en su trabajo “Entre fray Melchor y fray Luis. Inventario anotado del manuscrito MN 22.028 con poesías de Acuña, Cetina, Góngora, Padilla, Silvestre y otros”, *Analecta Malacitana*, XXI.1 (1998), 185-255 (ahora también en <http://www.anmal.uma.es>, núm. 9, julio 2001). Como en otros manuscritos, se percibe el abigarramiento, la mezcolanza de formas y temas, aunque a menudo hay indicios de intentos de ordenación, que suelen naufragar ante la riqueza torrencial de la poesía de los Siglos de Oro, ante la extensión temporal en la que se van recogiendo las numerosas piezas, ante los posibles cambios de intereses del recopilador, ante las posibilidades que el gusto del antólogo encuentre en los caminos de acceso a la poesía de la época (copias, mejores o peores, de autores de la zona, de los consagrados, de los más leídos y apreciados, de los más provocadores, etc.). Se trata de una miscelánea de 1587-90, de “reciente ingreso en la Biblioteca Nacional” (185), pues entra en

1976, procedente de una subasta de Sotheby y, antes, de la biblioteca de Sir Thomas Phillipps (nº 66, 187). Es un “manuscrito de ‘ambiente salmantino’” (186) que copia más de 350 poemas y que, sin embargo, sólo atribuye explícitamente un poema, con lo que los editores han debido realizar el esfuerzo de prohiar numerosos poemas a sus supuestos padres, no demasiados. El artículo y la edición consideran que el manuscrito está organizado en dos partes, primero “sonetos, octavas y romances” y luego “cantares, villancicos y glosas” (xxiv). “Es poesía urbana, muy del agrado de los aficionados lectores universitarios, quienes habrían oído infinidad de veces esas *letras* [...]” (xxiv-xxv).

En la introducción del volumen se discuten además dos cuestiones que, relacionadas con el ms. 22.028, van más allá de los límites del manuscrito: la autoría y fuentes del *Jardín de Venus*, por un lado, y el *status quaestionis* sobre la figura de fray Melchor de la Serna (xxxix-xli). Los poemas del *Jardín* han sido arrancados del códice y, por esa razón, por la censura, y por “el creciente interés por la poesía erótica de fray Melchor de la Serna” (xxvii) los editores deciden recoger las treinta y nueve fuentes que han localizado y que contienen poemas del *Jardín de Venus*, todas ellas manuscritas excepto los dos sonetos de la *Silva curiosa* (1583) de Julián de Medrano. Hablan de un “ambiente religioso y conventual en que se originó la compilación” (xxvii). Se incluye en el *Jardín de Venus* el soneto “A ella, la del arco y las saetas”, que aparece en otros manuscritos, conservados en Madrid y Florencia, en ocasiones sin nombre de autor, y atribuido también a la pluma de Diego Hurtado de Mendoza, basándose en una sola fuente manuscrita, importante en la transmisión de la poesía del granadino, y basándose también, en su momento, en la falta de atribución a otro poeta. No es éste el único poema que parecen disputarse los dos autores, fray Melchor y don Diego, unidos y separados por una relación crítica estrecha y compleja. Comparten la atribución de una versión de *Amores*, I, 5 (“Hacia calor y en punto al mediodía”) y, entre otros textos, un par de sonetos que, a pesar de haberse atribuido en algún momento a Mendoza, no son de él: “Dentro de un santo templo, un hombre honrado” y “¿Qué hacéis señora? –Mírome al espejo”. Sin embargo, la relación entre las dos figuras, más allá de los problemas de atribución, parece, como explico en *La poesía erótica de los Siglos de Oro* (Madrid, Laberinto, en prensa; me ocupó de la cuestión con más detalle),

marcada por la continuación, la competencia y quizá la admiración, no recíproca por razones biográficas, pues aunque no es posible precisar si se conocieron y estando asentado que Mendoza muere mucho antes (Gotor cree que fray Melchor vive todavía en 1606), sus obras quedaron unidas por el interés en ambas del estudiante Girolamo da Sommaia (como queda patente en el ms. VII-354 de la Biblioteca Nacional de Florencia, pues las obras de Mendoza ocupan los primeros 228 folios, y las de fray Melchor cubren los ff. 232-348; incluso fray Luis está materialmente unido a los anteriores, en los ff. 350-438), y por algún otro dato, pues Mendoza también se interesa por Ovidio y compone una versión de *Amores*, I, 8 (“Hay una, quien quisiere saber de ella”).

Los editores del ms. 22.028 añaden que la autoría de la versión de *Amores*, I, 5 queda confirmada por el códice de Palacio II-973 “en el apartado, homogéneo y fidedigno, en que se copiaron las poesías del Benito, debidamente encabezadas *casi* todas ellas con la letra ‘F’, aparece este poema en el folio 272” (xliv, nota 45; la cursiva es mía). Sin embargo, no se afirma que la marca aparezca en esta ocasión, y, en cualquier caso habría que preguntarse a qué mano pertenece la “F”. Sin prejuzgar la cuestión y sin discutir los argumentos de los editores, sin duda importantes,

habría que interrogarse sobre la circulación de la poesía de fray Melchor, aparentemente abundante, como parecerían indicar las 39 fuentes del *Jardín* (aunque en ese número se incluyen las que copian un solo soneto y se lo atribuyen a otro autor, y, por lo que se desprende, no manifiestan esas mismas fuentes un entendimiento homogéneo del *Jardín*), los varios manuscritos que copian *El sueño de la viuda* (aunque no se indica cuántos atribuyen el poema y de qué manera), y cómo es que esta bella versión del *Aestus erat* ovidiano sólo se copia una vez, y la copia un italiano de paso en Salamanca y es él el único que la atribuye a fray Melchor, al menos el único contemporáneo. Sobre este asunto puede ser interesante la siguiente afirmación de los editores, para la segunda parte del manuscrito:

Da la sensación de que se copiaban conforme iban llegando a las manos del amanuense, quien las recibiría directamente del compilador, de amigos y aficionados, tal vez frailes y estudiantes, todos conocidos, por lo que no tenía necesidad alguna de atribuírselas a nadie [...] Pronto, no obstante, se deja ver el espíritu de esta segunda mitad del manuscrito: el copista va intercalando poemas suyos, o de sus amigos (no hay forma de saberlo), con piezas conocidas” (xlvii).

Otras conjeturas son que el cartapacio mismo parece ser el de un estudiante aficionado y con ganas de aprender el oficio” (lv) y que “tal vez [fray Melchor sea] maestro y consejero del autor de este cartapacio” (lvii).

Por otro lado, los editores reconocen que el manuscrito Evorense, “otro cartapacio más rico y auténtico” (en palabras de Gotor), es del “segundo cuarto del siglo XVII” y, por ello, no es contemporáneo de fray Melchor en sentido estricto. Naturalmente, los editores de la poesía de los Siglos de Oro debemos tener en cuenta las fechas de los testimonios, pero también hay que contar con los problemas reales de conservación de los manuscritos, lo que obliga a utilizar los que sí han llegado hasta nosotros, no siempre los más próximos en el tiempo. Además, y como es sabido, las atribuciones son especialmente complicadas en la poesía erótica, pues hay que utilizar una transmisión manuscrita que no suele haber sido santificada por la intervención del autor, bregar con las atribuciones únicas, o contradictorias y en ocasiones malintencionadas, con los silencios de la anonimia, con las reelaboraciones, como los editores mismos del 22.028 explican:

Pero fray Melchor no vivía enclaustrado, por el contrario, conocemos sus idas y venidas de Salamanca a Valladolid, su encaramarse a mil púlpitos como predicador de campanillas que era, y su oficio de docente impartiendo clases de latín a jóvenes estudiantes. No es difícil imaginar, pues, el constante trajín de imitaciones en inacabados borradores, ni el afán del amigo que intentara mejorar el modelo, ni al despistado plagiario que se apropiara de la versión y la pasara a su cuaderno, adjudicánsela al maestro: este trasiego no facilitará la labor de los editores de la obra del Benito (lvi).

También J. L. Gotor indica que “entre los lectores del Frayle Benito bien pudo haber algún guasón que le atribuyera lo que no era suyo o le zahiriera sistemáticamente” (“Fray Melchor de la Serna, poeta ‘ovidiano’ inédito del siglo XVI”, en *Codici della trasgressività in area ispanica. Atti del Convegno di Verona 12-14 giugno 1980*, Verona, Università degli studi di Padova, 1980, 156). Por eso no puede resultar extraño que las dudas asalten a distintos investigadores a la hora de atribuir el *Jardín de Venus* o, al menos, que los estudiosos hayan puesto en cuarentena la autoría de fray Melchor (como hacen Alzieu, Jammes y Lissorgues en la reedición de 2000 de su *Poesía erótica del*

Siglo de Oro [iv]). Labrador, DiFranco y Bernard, como ya habían hecho los dos primeros en 1991 (“De Fray Melchor son los cuentos en verso de *El Jardín de Venus* y *El sueño de la viuda*”, *Poesías del Maestro León y Fr. Melchor de la Serna y otros* [s. XVI]. *Códice número 961*, xxvii), dan por buena la paternidad de fray Melchor, como ya había propuesto Luis Montañés (quien consideraba a fray Melchor “el inspirador y primer autor del *Jardín de Flores*” y concluía que “el *Jardín* es una obra dispersa y colectiva”, *Jardín de flores y ramillete de sonetos eróticos...*, viii y ix), publican una parte del *Jardín*, la que copia el manuscrito, entre los poemas del fraile y ofrecen una larga lista de fuentes en que se copian sonetos del *Jardín* (xxvii-xxviii), corpus que nunca fue impreso como tal, aunque los editores han perseguido, más bien, dejar constancia de sus hallazgos, muy interesantes en el terreno documental. En esa relación sería deseable que se anotara con toda precisión cuántos de esos testimonios atribuyen los textos a fray Melchor, así como extraer algún tipo de conclusiones sobre la cantidad de códices que sólo copian un soneto de la colección (como BN 3.768, LBL Add 10.328 y BN 17.689), o sobre los manuscritos que copien la serie completa o casi completa. Parece, con todo, que el corpus del *Jardín de Venus* no está suficientemente fijado, o que quizá haya que hablar de varios *jardines*, pues el soneto siguiente, no recogido en la edición de Alzieu, Jammes y Lissorgues, sí aparece en la selección de Labrador y DiFranco: “[Soneto y enigma, de fray Melchor de la Serna]: Esta es la flor de todas más hermosa” (es uno de los textos censurados del ms. 22.028 BNM y que los editores añaden, en este caso, del ms. VII-354 Florencia, f. 264 v.; con variantes en *Manuscrito “Fuentelsol”...*, nº 3, 94). Con toda prudencia, el *grupo de Cleveland* no da por cerrado ni el apartado de las fuentes del *Jardín*, ni el número canónico de los sonetos, ni, por último, el corpus definitivo de las obras de fray Melchor (“De esta relación hemos descartado algunos sonetos eróticos que aunque bien pudieran ser de fray Melchor, no nos ha parecido que formaran parte de este conjunto”, xxxix).

Uno de los textos más interesantes de fray Melchor es *El sueño de la viuda*, que ya publicó, sin bien dándolo como anónimo, Eduardo Lustonó en 1872. Proporcionan los tres editores las fuentes del poema en la p. xxxix, en nota, aunque no indican si alguna de ellas realiza una atribución explícita. Citan, como es habitual, unos versos de Juan de la Cueva, del *Ejemplar poético* de 1609, en apoyo de “popularidad” de la obra: “Claro tenemos el ejemplo de esto / en el que hizo el “Sueño” a la viuda, / y a Venus el “Jardín” tan deshonesto” (vv. 358-60), pero no se adentran en lo curioso que puede resultar que un contemporáneo, más o menos, no nombre al autor, silencio que unido al de las fuentes puede resultar interesante: sin duda hay que proteger la identidad del autor de textos atrevidos, pero ¿en todos los casos? ¿en todos o casi todos los manuscritos? Es también útil recordar que en el ms. 22.028 no se copia *El sueño de la viuda*, sino que en el espacio que se le reservaba se han escrito otros poemas.

Por ello, tanto por la censura que suponen las páginas arrancadas, como el olvido o la censura que hay que deducir del hecho de que finalmente no se copie *El sueño de la viuda*, los editores han decidido restaurar estos textos negados y ofrecer en su lugar las versiones que ofrecen otros testimonios, haciendo constar oportunamente la fuente de la que provienen. El procedimiento no deja de ser original y en gran medida contrario a las tendencias que por mor de un estrecho concepto de la moralidad, de la religión, o de cualquier otra excusa, impelía a lectores e investigadores, a veces hasta bien entrado el siglo XX, a mutilar los originales o las ediciones. Se trata ahora de restituir a los originales, siempre que sea posible, los textos que, por fortuna, se hayan conservado en otras fuentes. Es, pues, un concepto de la edición que satisfará gratamente la curiosidad del lector.

Pero, además de la destacada presencia de fray Melchor de la Serna, tal y como recoge el título del volumen, el manuscrito 22.028 BNM reúne otros muchos poemas. La importancia de fray

Melchor es, comparativamente con el resto de los poemas que se han podido atribuir, alta, pues se publican 27 poemas que se consideran suyos. Sin embargo, el compilador parece prestar mucha más atención a otras parcelas o, al menos, repartir esa atención con mucha generosidad. Frente a los poemas que los editores atribuyen a fray Melchor o que se inscriben en la corriente erótica, el códice recoge numerosos poemas que pertenecen a otras tendencias diferentes. Incluso se rompen los textos del *Jardín de Venus*, pues si el pórtico del *Jardín* abre el manuscrito, tras el poema 2 el compilador inserta una serie de sonetos de amor antes de recuperar, en el número 44, los sonetos eróticos del *Jardín*, con alguna excepción. Esa alternancia de diferentes temas va a presidir toda la compilación, en ocasiones de manera extraña para los gustos de un posible lector actual: muy poco después del *Jardín de Venus* se copian hasta cuatro sonetos dedicados a San Agustín (nos. 65-68), para retomar en seguida el pulso erótico con *El sueño de la viuda* (nº 70). Quizá por esa mezcla sentida como poco apta las manos del censor arrancaron los poemas eróticos, no sólo por su contenido, sino también por su incómoda distribución, pues otros poemas eróticos se han conservado en el manuscrito (véanse, sólo como ejemplo, los números 186, glosa de “Aquel si viene o no viene”, “con la particularidad que aquí se describe la aventura erótica con todo lujo de detalles y con el más vivo realismo”, lii, y 275, de fray Melchor: “Los gustos de amor”). Por otro lado la voluntad estructurante del compilador (con frecuencia reducida a meros ramalazos de esa voluntad, rota probablemente por las posibilidades de “adquisición” de nuevas piezas) se ve modificada por anotaciones como la que sigue al poema 64, “Fin de los sonetos”, que abre, todavía dentro de la primera parte, otro grupo de poemas encabezados por ¡cuatro sonetos! dedicados a San Agustín, al que sigue un nutrido grupo de octavas. Pero no es un caso único: “El epígrafe del f. 58 anuncia que ‘comienzan los romances’, es decir, otro de los apartados fundamentales del códice, pero no es así” (xlili), aunque poco más tarde se copian 51 romances (moriscos, épicos, etc.). En la segunda parte, de 210 poemas, se recogen sobre todo “canciones, letras y glosas”, pero “la clasificación de las poesías en este segundo apartado por su forma estrófica no es tan perfilada como la primera” (xlvii). Incluye además, este segundo apartado, varias composiciones eróticas que los editores consideran salidas de la pluma del compilador, en forma de glosa o no (números 256, 258, 292 y 296). También aquí la censura se ha cobrado algunas páginas: “Los folios 286-296 han desaparecido y con ellos una *Confesión de amor* (que ponemos en el Apéndice), un *Pater noster aplicado a las monjas* [nº 289], cinco piezas [núms. 290-294] y la mayor parte de otro poema [núm. 295]”, p. liii, n. 59.

Es evidente que estamos ante una cuidada edición de un manuscrito de finales del siglo XVI que será de suma utilidad para los estudiosos de la poesía de los Siglos de Oro, particularmente para quienes nos ocupamos también de esa sugestiva parcela que es la poesía erótica del período. Los editores, muy afianzados en su buen hacer, ofrecen un sólido trabajo, de una riqueza documental difícil de igualar, arropado con los elementos que convierten este grueso volumen en un instrumento manejable, de fácil y clara consulta.